

## ETICA Y MODERNIDAD

“Ética y modernidad” como tema de una lección inaugural del año académico de una universidad en que se imparten las carreras de derecho y de ingeniería comercial es para mí un augurio regocijante y esperanzador.

Lo es teniendo en cuenta la observación capital que hizo un gran conocedor del alma humana y de la historia de su tiempo, Premio Nobel de Literatura, Alexander Solzhenitsyn, tras contemplar desde adentro el alma de la sociedad occidental hacia la cual miraban con tanta esperanza los que vivían al otro lado del muro: “Aquí, en Occidente, hablar hoy de moral, proponer las categorías de verdad o mentira, de bien o mal moral, ha pasado a ser simplemente un chiste”.

El sabía hasta qué punto hablar de moral en la sociedad de la que acababa de ser expulsado, donde primaba sin contrapeso una ideología que él mismo calificara de sucia y manchada con la sangre de 60 millones de personas (finalmente fueron 94 millones), una ideología en la que ninguno de sus autores o adherentes nunca llegó a creer realmente. Hablar allí de bien o mal moral era sin duda un chiste de contorno macabro. Allí la ideología oficial y única postulaba que toda verdad ética, toda categoría de bien o de mal moral se confundía con la ideología y el interés del que estaba en el poder: el partido, su comité central, sin necesidad de someterse jamás al dictamen de una instancia superior. Verdadero, bueno será solamente aquello que en la práctica se revele útil para alcanzar o consolidar el poder total.

Pero cuando llegó a la sociedad occidental y se encontró con un dictamen, de la Suprema Corte de Justicia que declaraba contrario a la Constitución todo intento de restringir por ley el derecho de la mujer a interrumpir el embarazo, es decir, de asesinar en su propio seno una vida inocente; cuando vio, además, la forma en que esa sociedad solía y suele resolver, o mejor liquidar los conflictos surgidos en su seno, con el recurso sistemático a la violencia, presuntamente legitimada bajo el rótulo de altos intereses del Estado o defensa de la causa de la libertad en el mundo; cuando comprobó la suma ligereza, frivolidad e irresponsabilidad con que no pocos medios de comunicación social hacían y hacen circular verdades a medias, es decir, mentiras, y jugaban con la honra de las personas y, sobre todo, servían de gratuita y univer-

sal caja de resonancia al terrorismo internacional, Solzhenitsyn llegó a dudar de que esta sociedad occidental pudiera satisfacer la esperanza que su propia sociedad había cifrado en aquélla.

Poco tiempo después de esta trágica confesión comenzaron, sin embargo, a brotar los primeros síntomas perceptibles de un resurgimiento del discurso ético. Desde luego, en la Iglesia Católica se hacía escuchar la voz potente y siempre fiel a los eternos principios de una verdad revelada en boca de Paulo VI. Con singular lucidez el Pontífice había hecho el diagnóstico de la sociedad de su tiempo y denunciado lo que él llamaba una moral y una sociedad permisivas, maduración consecuente de lo que antes Pío XII calificara como “el pecado del siglo: la pérdida del sentido del pecado”.

Surge luego un Papa de vertiente eslava que conoce en carne propia los embates de dos formidables totalitarismos, la brutalidad de dos ideologías opresoras de la dignidad humana en nombre de un postulado ateo. Con Juan Pablo II se renueva vigorosamente el discurso cristológico, poniendo de relieve la íntima trabazón que se da entre la fe en Cristo Jesús y el profundo respeto a la dignidad y derechos inviolables de la persona humana.

En otras vertientes contemporáneas se asiste al inesperado renacimiento de las religiones como, por ejemplo, el credo islámico, que naturalmente trae consigo una nueva propuesta del discurso moral. Viene el espectacular colapso de las ideologías: la marxista-leninista y una liberal-capitalista extrema o “salvaje”; y en el seno de la muy culta Europa cristiana se manifiestan las consecuencias letales de muerte moral y de muerte física del existencialismo, también mayoritariamente ateo, que declaraba eclipsadas las normas morales objetivas y entregaba a la conciencia de cada individuo —tributaria de su propia circunstancia, protagonista de su singular e irrepetible situación— la decisión autónoma e inapelable de lo que es bueno o malo.

## I. LA MUERTE DEL HOMBRE POR EL HOMBRE

Con el colapso de las ideologías la sociedad empieza a comprender que el vacío ético equivale a cavar la propia sepultura. Intuitivamente descubre que en la misma medida en que la sociedad humana se aleja de Dios —cualquiera sea el hombre o el camino revelado para llegar hasta Él—, en esa misma medida la sociedad y el hombre se alejan del hom-

bre. Y así, por la fuerza y evidencia de los hechos, en la conciencia de la humanidad actual se ha ido esculpiendo este notable principio ético y religioso: “Dios sigue siempre la suerte del hombre, el hombre sigue siempre la suerte de Dios”.

Sabemos que Dios sigue siempre, en Jesucristo, la suerte del hombre. En El se ha hecho Dios copartícipe, coprotagonista, también víctima solidaria de todo cuanto acontezca o deje de acontecer a una persona humana: “Lo que hiciste o no hiciste con uno de éstos, mis pequeños hermanos, conmigo lo hiciste o dejaste de hacer”.

Pero también a la inversa: el hombre se ha hecho partícipe solidario de la suerte de Dios. Una ley o constante histórica, fácil de documentar, testimonia que cada vez que el hombre se olvida de Dios en la misma medida se olvida del hombre. Cuando de aleja de Dios, en la misma medida se distancia del hombre. Y lo que es más trágico: cuando el hombre le da muerte a Dios en su conciencia, entonces el hombre prepara el camino sin trabas para darle muerte al hombre.

La fe de Dios se ha probado en todos los siglos y milenios de la historia como el único freno decisivo capaz de impedir que el hombre dé arbitrariamente muerte al hombre, y de ahí que el discurso ético de los días contemporáneos haya vuelto a asumir su indispensable vertiente religiosa. Hablando recientemente a un grupo importante de obispos de España, el papa Juan Pablo II sorprendió al mundo acuñando la palabra “neopaganismo”. El mundo parpadeó con incredulidad: la sociedad española, durante tantos siglos moldeada como en su forma vital en la vertiente de la fe cristiana y católica, daba inquietantes pero inequívocos signos de neopaganismo, de un retorno a antiguas barbaries, de un franco olvido y menosprecio de Dios. Y ese olvido y menosprecio de lo divino nunca quedan sin consecuencias en la vida cultural y social de la humanidad. La fe nunca ha sido ni podrá ser una cuestión meramente académica, solamente abstracta, exclusivamente relegada al santuario íntimo de quien la profesa. La fe cristiana, y toda fe religiosa, tiene siempre una traducción concreta en el espacio vital de las conductas humanas, personales y sociales. Y si en una sociedad paradigmática como la hispánica, moldeada desde la cuna en la fe y moral del evangelio de Jesucristo, pueden palpase inquietantes señales de neopaganismo, ¿qué podrá esperarse del resto de esa Europa que a su vez ha sido vertiente en que se han moldeado tantas otras culturas?

La preocupación del Papa se había manifestado ya diez años atrás en relación a toda Europa. Él hablaba del alma europea, tejida en el concepto del logos o razón de los griegos, de luz de los romanos, de la institucionalidad germana, pero animada e inspirada vitalmente por el evangelio de Cristo. Esa alma comenzaba a dar perceptibles señales de languidecimiento, alarmantes señales de decrepitud. “¡Hay que devolverle el alma a Europa!”, gritaba el Pontífice en un gesto profético. Hay que reinyectarle un alma a esta sociedad europea a la que paulatinamente la han ido vaciando de sus convicciones y hasta de sus sentimientos cristianos. Este es el fundamento y contenido de la así llamada “Nueva Evangelización”. Los ecos de esta preocupación papal no quedaron circunscritos a los límites de Europa ni a España; llegaron también a nuestra patria. A fines de septiembre y comienzos de octubre del año pasado el Arzobispo de Santiago, monseñor Carlos Oviedo, sorprendió a la opinión pública con un documento pastoral que ha resultado ser un fenómeno comunicacional inédito. Un documento que trata temas éticos, no temas de la contingencia política, y que sin embargo se mantiene vigente en el discurso periodístico y ha llegado a convertirse en el marco de referencia casi obligado de todo foro o debate en nuestros medios de comunicación.

La intuición subyacente a este documento pastoral del Arzobispo de Santiago es que comienzan también a cernirse sobre el horizonte de la cultura chilena los mismos nubarrones, los mismos presagios agoreros que se cernían ya sobre la cultura europea e hispánica. La ocasión del V Centenario del comienzo de la evangelización en nuestro continente da pie para recordar un fenómeno inquietante: árboles varias veces centenarios, que existían ya en el hemisferio norte del continente antes de la llegada de Colón, árboles de una corpulencia y vigor fuera de lo común, que eran el orgullo de botánicos y arqueólogos, casi un orgulloso símbolo de perennidad, se desplomaron súbitamente, estaban erosionados, carcomidos, socavados desde adentro por miles y miles de pequeñas sabandijas que podrían caber por decenas en la palma de una mano. Estas pequeñas cosas, pequeños bichos que pasan inadvertidos al calor de quien actúa desde adentro, silenciosos, ignorados, logran finalmente destruir desde adentro los edificios o los organismos vitales que parecen más inmovibles y más prometedores de eternidad.

Tal vez esta cercanía gráfica haya estimulado al Arzobispo de Santiago a remecer la conciencia de los responsables de la sociedad chilena y a mover a todos a preguntarse si algo semejante podría estar en curso también aquí. Es cierto que nuestra sociedad aparece desde el punto de vista ético como aún básicamente sana. Nuestra familia, que es el gran taller donde se incuba y forma la conciencia moral, todavía puede estimarse básicamente sana. La voz de la Iglesia es aquí perfectamente audible, ella goza de libertad y autoridad, su palabra es escuchada con respeto. Pero un obispo —episcopo es, en griego, un vigilante, el atalaya que por encontrarse en una posición elevada avizora lo que otros no ven y está en situación y obligación de prevenir y alertar a tiempo— posee el carisma y el deber de percibir los signos de los tiempos, formular oportunamente el diagnóstico y proponer la consiguiente terapia.

## II. LA MORAL DE LA PRAXIS

En esa perspectiva no es posible ignorar los síntomas de una creciente involución moral. ¿Qué es una involución moral? Los expertos suelen explicarla a través de tres fases que llamamos involutivas, porque el desarrollo va de mejor a peor.

Primera fase, la que corresponde a una persona de conciencia sana, a una sociedad estructuralmente sana en lo ético: “Hay pecado y hay pecador”. El individuo y la sociedad aceptan la distinción objetiva entre el bien y el mal moral. Reconocen, también, que los individuos son capaces de transgredir libremente la norma moral.

Segunda fase: “Hay pecado, pero no pecador”. Se sigue reconociendo que el bien y el mal moral no son la misma cosa. Sin embargo, a la hora de adjudicar responsabilidades, ellas no existen. Al menos no son de la persona; ésta nunca es culpable de transgredir una norma objetiva, porque sobre la persona que infringe la norma legal o moral pesan un cúmulo de gravámenes, factores concomitantes, taras hereditarias, factores genéticos, presiones o condicionamientos ambientales, carencias educacionales que hacen que, en la práctica, el individuo carezca de responsabilidad en la ejecución de esa conducta anómala. Pero entonces, ¿quién tiene la culpa? La culpa la tiene el sistema. La responsabilidad recae sobre las estructuras, un ente de poder, un entorno cultural, político, financiero, a lo sumo personalizado en los responsables o titulares de esos entes o sistemas. El discurso, por lo tanto, deja

de ser ético, ya que la ética supone siempre una referencia al corazón, es decir, a la conciencia y libertad de las personas. El discurso se transforma en político. Ya no se va a presionar sobre el cambio de la persona; toda la confianza se depositará en el cambio de las estructuras, bajo la ingenua o astuta persuasión de que el cambio de la estructura y sistema traerá consigo, necesariamente, el cambio de la persona que vive en su interior. Esta manera de razonar trajo consecuencias incluso al interior de la Iglesia, en cuyo seno pretendió enseñorearse, como teología no sólo válida, sino única congruente con la revelación bíblica y con la sed de justicia del hombre contemporáneo, la antigua tesis marxista que rechaza los fundamentos dogmáticos y antropológicos de la distinción entre el bien y el mal moral. Verdad y bien moral pasaban a ser solamente aquellas acciones favorecedoras de la revolución del proletariado, de la asunción y ejercicio del poder por parte de los hasta ahora oprimidos. Lejos de seguir atormentando las conciencias con los antiguos dogmas del bien y del mal moral había que tomar parte en la lucha, y en esa lucha ponerse del lado de los oprimidos y en contra de los opresores. Allí, en el ejercicio de la praxis y del poder revolucionarios, allí se hacía la verdad y el bien moral sin otra preocupación que la eficacia política. Ello permitía legitimar cuando no exaltar, el explícito recurso de la violencia homicida. Todo lo cual ilustra y prepara el cambio para la tercera fase.

Tercera fase, en efecto: "No hay pecado ¡y viva el pecador!" No hay pecado, no hay distinción objetiva entre bien y mal moral. ¿No había ya gritado Sartre: "Ya no hay nada en el cielo, ni bien ni mal, ni nadie que dé órdenes. Porque yo soy un hombre, oh, Júpiter, y cada hombre debe inventar su camino" ("Las Moscas")?

Paradójicamente, tanto el discurso marxista como el liberal extremo se inspiran en el mismo grito, la misma figura de la mitología griega: Prometeo, el semidiós prisionero de la envidia de los dioses que lo mantienen atado a una roca y que desde esa posición de obligada servidumbre no cesa de vomitarles su desprecio: "Prefiero permanecer atado a esta roca que ser el lacayo dócil de Zeus, el padre".

Cuando Carlos Marx redactó su tesis para graduarse en filosofía del derecho escogió precisamente como epígrafe de sus tesis doctoral esa frase de Prometeo: "Odio a todos los dioses". Sin quererlo había profetizado, se había convertido en la voz emblemática del hombre prometeico, el hombre que necia e ingenuamente cree encontrar su libertad y autorrealización en la negación pertinaz, odiosa y violenta de

Dios y de toda forma de divinidad. Así, quien hasta ayer era considerado un réprobo, protagonista de conductas anómalas y dignas de sanción moral y legal, pasaba a erigirse en profeta, pionero de una nueva humanidad redimida. Quien hasta ayer era considerado delincuente y pecador, ahora reclamaba y merecía ser exaltado como virtuoso y héroe. Ya no hay pecado y ¡Viva el pecador!

La discusión moral y legal en los Estados Unidos en torno al aborto ya no se centra en una despenalización de esa conducta aberrante o en el reclamo justo de una conmiseración hacia quien está arrepentido de haberla perpetrado. Ahora el discurso, el debate en torno al aborto se centra en una palabra casi mágica, "choice": libertad de elección. Lo que hasta ayer era considerado (y en nuestro código penal sigue siendo rotulado) como grave delito ahora se convierte en exaltación de la libertad, gozosa proclamación del derecho de la mujer a disponer de lo que ella considera un puñado de células de su propio cuerpo. Lo mismo pasa con la comunidad homosexual: comienza a pretender que su situación quede reivindicada, consagrada y legitimada en el estatuto civil e incluso eclesiástico. Ya no se contenta con la migaja de un trato respetuoso y conmiserativo. Apela a la palabra mágica, la más sugerente, la que mayor resonancia provoca en el consciente y sobre todo en el subconsciente humano: libertad. Así es como se consuma esta total reversión o involución de las categorías de bien y mal hasta ahora aceptadas. Puede que esta esquematización tenga algo de caricaturización, siempre se corre tal riesgo; pero al menos por razones pedagógicas esta manera de presentar la involución moral nos permite tomar más clara conciencia de la orientación inmanente del proceso y de la necesidad ineludible de mirarlo a la cara y comenzar a actuar en consecuencia. En esa clave debe entenderse, a mi juicio, el documento pastoral del señor Arzobispo de Santiago, y a esa luz merece ser saludado, también, como un augurio esperanzador el eco que dicho documento ha encontrado en nuestra comunidad nacional.

### III. EL SECULARISMO: UNA TORRE DE BABEL

Creo por ello importante explicar brevemente cuáles son las claves de interpretación del documento o, más bien, del problema religioso-moral que le subyace. La primera de esas claves se llama *secularismo*. Del latín saeculum no significa el mundo en sentido geográfico o sociológi-

co, sino el mundo como conjunto de fuerzas antagónicas u hostiles a la luz; el mundo como resistencia y clausura hacia todo lo que sea o parezca divino.

Suele el secularismo adoptar dos formas distintas. Una es la franca belicosidad en contra de Dios, y por ello la persecución encarnizada de los testigos de esa fe. La otra, mucho más sutil y por eso mucho más peligrosa, es simplemente el olvido, el menosprecio, el silencio de Dios. También a esa luz les ruego entender la preocupación recientemente manifestada por otra alta personalidad de la Iglesia, monseñor Jorge Medina Estévez, obispo de Rancagua, miembro de la Comisión Teológica Internacional y de la comisión de cardenales y obispos redactores del nuevo catecismo universal de la Iglesia. A propósito de un proyecto relativo a la educación, dicho prelado hacía ver en qué forma el proyecto silencia, omite y por esa vía mutila una dimensión esencial de la educación, la moral y la cultura: su referencia y apertura hacia esa trascendencia que encuentra en Dios su cumbre y su personalización. Para que un proyecto educativo merezca reserva o rechazo de la Iglesia —y también de la sociedad— no es necesario que se plantee directamente en contra de la fe o de los valores morales tributarios de esa fe; basta, y suele ser mucho más eficaz, que los silencie. El silencio, el pasar por alto y la omisión son una forma sutil de producir el menosprecio, el olvido y finalmente el rechazo, si no intelectual, al menos vital del hombre hacia Dios.

El secularismo se caracteriza porque progresiva pero implacablemente va mutilando toda dimensión sagrada de la persona y vida humanas. El gran problema de la ética contemporánea es si la vida humana inocente es o no intangible, si las personas y vidas humanas inocentes están o no sustraídas a toda coacción y a todo poder arbitrario del hombre. ¿Cómo ha podido llegar a plantearse con tal acritud este fenómeno en una época que se ufana y embriaga con la autosugestión de haber enarbolado la libertad, la dignidad y los derechos del hombre?

La pérdida o precariedad del reconocimiento de la dignidad sagrada de las personas y de la vida humana corre a parejas con la pérdida o debilitamiento del carácter sagrado de los lugares, de las acciones, de los tiempos, de los vínculos. Piénsese en el destino que con no escasa frecuencia corren algunos templos y las mismas acciones sagradas que en ellos tienen lugar (eucaristías reducidas a simple proclamación festiva de los que están del mismo lado en la lucha política de liberación); en la dificultad creciente de preservar y hacer respetar los



tiempos sagrados, y en la erosión progresiva de los vínculos humanos y humanizadores por excelencia: la palabra, la promesa.

La imagen bíblica más característica de este fenómeno del secularismo en su segunda versión (olvido, indiferencia, menosprecio de Dios más que su rechazo belicoso) es la torre de Babel. Allí los hombres procuran mostrar su propia grandeza elevando una torre que se empine hasta el cielo. Finalmente sólo consiguen confundir sus lenguas y tornarse incapaces de entenderse unos a otros. Cada vez que los hombres procuran organizar la tierra sin Dios, forzoso es que terminen organizando la tierra en contra del hombre. Son leyes inderogables. Las enseña la Biblia y las testimonia la experiencia humana.

La segunda clave para entender la involución moral que estamos analizando y, correlativamente, la importancia ineludible del renacer ético, se llama *libertad*. Cuando el papa Juan Pablo II visitó, en mayo pasado, el santuario de Fátima, agradeció a la Virgen el haberlo salvado, diez años atrás, de un atentado terrorista. Tenía ya ante sí el colapso de los regímenes basados en la ideología del marxismo ateo. Pero creyó entonces su deber llamar la atención de la humanidad con estas palabras iluminadas: se corre el peligro de sustituir el ateísmo marxista con una nueva forma de ateísmo que adula la libertad y, al sustraerla de toda obligación y responsabilidad, hace imposible toda moral humana y cristiana.

El profeta, el vigía o centinela de la fe con mirada certera vislumbra lo que otros todavía no ven y cumple con su deber de alterar a tiempo: la idolatría de la libertad, el adularla, lisonjearla, presentándola como un cúmulo de derechos y reivindicaciones, sustraídas de toda correlativa responsabilidad o deber.

Un eminente siquiatra vienés, Viktor Frankl, postulaba —como buen conocedor del alma contemporánea— la idea de que a la Estatua de la Libertad, que mira hacia el Atlántico, se le pusiera como contrapeso la estatua de la Responsabilidad, de cara al Pacífico. Más allá del ingenio de la idea y de su intención simbólica, habría que decir —con respeto— que no sería una idea inoportuna. Al concepto de libertad le pertenece esencialmente, como momento interno e integrante de su propia definición, el concepto correlativo de responsabilidad. Lo que Dios ha unido, no debe el hombre separarlo.

Tareas de estas generaciones han de ser extremar el celo por preservar los legítimos derechos y espacios de libertad y, al mismo tiempo, educar en el concepto de que nadie puede separar lo que Dios y la naturaleza han unido: libertad y responsabilidad. Toda libertad tiene,

como momento interno, límites que siempre se han de respetar y que pasan por las necesarias exigencias de orden público, la cautela del bien superior de la comunidad y el respeto a los derechos de terceras personas.

Quien hace abstracción de ello está lisonjeando, adulando, generando la falsa idolatría de la libertad. Presume así de modernidad, pero no está haciendo otra cosa que retrotraer a la humanidad la antigua escena e historia del pecado original. Tal vez sea esto lo peor que se pueda decir de estos intentos de seudomodernidad que erigen la libertad como un derecho sin límites. Posan de modernos, de liberados, y no hacen más que repetir palabra por palabra y gesto por gesto la antigua historia de los orígenes.

¿Qué fue en efecto ese drama, si vamos a creer a la Biblia en su explicación del pecado original? Fue el intento de la primera pareja humana, hábilmente insidiada por una inteligencia superior... (los pecados más directamente incidentes en la muerte de la humanidad han sido y serán siempre los pecados de la inteligencia, no tanto los pecados de la afectividad o sensibilidad). Siempre a este nivel, de esta luz prodigiosa, destello de la sabiduría divina, que es la inteligencia del hombre, se juegan la vida o la muerte de un individuo y de una sociedad (por eso el destino de una comunidad se juega también aquí, en una universidad donde el postulado superior por excelencia es la búsqueda infatigable y sincera de la luz de la verdad, de una verdad que no se transa, que no se finge, que no se disimula).

Una inteligencia superior —decía— capaz de insidiar la inteligencia todavía desvalida de la primera pareja humana logra vencer a ésta de que ambos no son creaturas, de que no están sujetas, por tanto, a limitaciones ni autoridad alguna superiores a ellas, de que están ontológicamente por encima del bien y del mal. Y así, apostatando de su orden de ser natural, rechazando su condición de creaturas limitadas, vinculadas a alguien que es más que ellas, que sabe más que ellas y que tiene autoridad sobre ellas, es como se gesta el drama del pecado y de la muerte en la historia del hombre. Drama que se repite, con pasmosa exactitud, en todos los tramos decisivos de esa historia. Tras todas las formas de totalitarismos es dable reencontrar la misma historia, historia del reclamo de una libertad y soberanía absolutas. *Sui iuris*: nadie está por sobre mí. *Sui iuris*: yo soy el único autor y juez de mi propia ley.

Creo que a la luz de este discurso se comprende la extraordinaria importancia que la fe en Dios conserva, con permanente

actualidad, en el desarrollo de la vida cultural y moral de una sociedad. También la tesis que pude esbozar al comienzo: Dios sigue siempre la suerte del hombre, y el hombre sigue siempre la suerte de Dios.

El rechazo de Dios, el olvido y la muerte de Dios van a significar inexorablemente el olvido, el rechazo y la muerte del hombre.

Nada de lo anterior autoriza, sin embargo, a pensar que los principios éticos, que las verdades del orden moral puedan, ser conocidos y tengan carácter vinculante sólo para aquellos que profesan un credo religioso. Así se podría decir, por ejemplo, que sólo los creyentes o sólo los cristianos estaríamos obligados al sublime mandato de amar y perdonar al enemigo o llamados a ese ejercicio de la mesura, del señorío, del dominio y don de sí que llamamos castidad. ¿La fidelidad conyugal sería sólo patrimonio o gravamen para quienes profesan la fe del Evangelio?

Se podría demostrar —y lo dejo sugerido para quienes quieran profundizar en esta rica vertiente— cómo cada uno de los grandes mandamientos y sacramentos de fe cristiana tiene su fundamento y correlato en el orden antropológico, psicológico y sociológico.

El amar al enemigo y perdonar las ofensas corresponde a una exigencia de la naturaleza humana. Por el contrario, alimentar el rencor, desahogar la violencia por cualquier medio, negarse sistemáticamente a perdonar o a reconocer la propia culpa ante otro ser humano siempre será fuente de profundos disturbios síquicos e incluso somáticos. Perdonar es natural, perdonar es humano.

Guardar la castidad, esto es, ejercer el recto señorío sobre las fuerzas de la instintividad, mantener la fidelidad a las promesas que liga a un varón y a una mujer para toda la vida, es natural, es humano, está dentro de la naturaleza humana el poder hacerlo, e incluso con mayor facilidad que su contrario. La gracia de Dios —ofrecida a quien con humilde perseverancia la pide como también a quien obedece los dictámenes de su conciencia recta aun sin conocer a Dios por su verdadero nombre— y la ley revelada por Dios constituyen, por cierto, una ayuda inestimable para conocer y realizar tales exigencias de virtud, pero no son ajenas, extrañas, superpuestas a la naturaleza humana, ni podrían exigir conductas que violentaran dicha naturaleza. Según nuestra fe, por lo demás, no puede haber contradicciones entre el Dios que revela la ley de la gracia y el Dios que crea y promulga la ley de la naturaleza humana. El discurso ético ha de ser al mismo tiempo un

discurso religioso, metafísico, antropológico. Tarea para las actuales generaciones y, sobre todo, para quienes se sientan responsables de construir un orden social, cultural y moral digno de la persona humana.

Tarea, en especial —y con esto concluyo—, para la familia. En efecto, lo que la familia no da difícilmente será suplido por alguna otra instancia educativa, catequética, homilética o universitaria. Lo que la familia graba, registrado queda hasta el subconsciente y pasa a ser parte del patrimonio vivencial de la persona.

Así, la familia se convierte en primera prioridad no sólo del discurso moral, sino también del debate político; es la piedra angular de la arquitectura social. La familia va a ser siempre el gran termómetro que registra los valores que animan y los antivalores que corrocn una sociedad. La familia es el seminario, el vivero de la ciudad, donde se cultivan los gérmenes de la sociedad del mañana. Que esta reflexión vaya, pues, dirigida no sólo a las intelectualidades, no sólo a los jóvenes y adultos para llamarlos a un discurso ético con fundamentos antropológicos, metafísicos y religiosos, sino vaya dirigida a todos, para que cada uno, desde el lugar o carisma que ocupa en la sociedad, concorra a vigorizar esta piedra angular de nuestra arquitectura social que se llama la familia.

En la familia se cultiva la recta conciencia moral. En la familia se aprende el recto concepto y uso de la libertad. Pero sobre todo en la familia se aprende quién es y cuánto vale Dios.

Creo con esto poder ya concluir lo que quiso solamente ser una lección inaugural, es decir, no sólo de un año académico, sino también inaugural de una profunda reflexión compartida al nivel que una universidad exige —el de la búsqueda sincera y apasionada de la verdad— para comprender la honda relación que existe entre el Dios de nuestra fe y una moral basada en las exigencias de la naturaleza humana.

P. RAÚL HASBÚN\*

\*Clase Magistral de inicio de actividades académicas de la Universidad Alonso de Ovalle durante 1992 (Santiago, 27.4.1992). Con las debidas autorizaciones.